

primer cuarteto del soneto que lleva su nombre; y quizá no sea aventurado suponer que por lo de exorcista tengamos al señor *cura* del lugar oculto y muy disfrazado bajo el nombre del *Cachidiablo* (del italiano *cacciare*, expulsar, arrojar), como si dijéramos *el expulsa diablos*.

El Caprichoso dudo pudiera ser el sastre con alusión á las variaciones de los trajes, aunque es escaso fundamento; pero nada hay que nos indique quien pudiera ser.

Por último, del *Tiquitoc* no puede dudarse que lo fuera el maleante del *sacristán* de la iglesia, pues ya este nombre gráfico y alusivo al campaneo lo había puesto *Cervantes* en boca de otro sacristán en la comedia que tituló *Los Baños de Argel*, donde aquél dice:

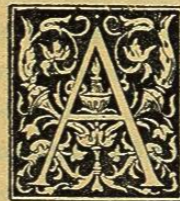
¡O campanas de España!
¿Cuándo entre aquestas manos
Tendré vuestros badajos?
¿Cuándo haré *el tic* y *el toc* ó el grave empino?

Dicho se está, por lo tanto, que el *Tiquitoc* es el sacristán; y éste y el cura, como gente de iglesia, son los encargados por *Cervantes* de hacer los epitafios de *Don Quijote* y *Dulcinea*, últimas composiciones de las que han dado motivo á este artículo.



Otro sueño de noche de Verano

AL SR. D. GONZALO SEGOVIA



CABABA de recibir el número IV de la *Revista literaria* titulada *Cervantes*. A su lectura me habían ocurrido mil cosas que deseaba decir á su director el señor D. José

María Casenave, pues aunque no tengo el gusto de conocerlo, basta conocer sus propósitos para persuadirse de su hidalguía, y creer que, por poco que valgan los consejos, ha de estimarlos, siquiera sea por la intención, cuando tengan por objeto facilitar el logro de las suyas. En tal disposición de ánimo, y dando vueltas en la imaginación á un nuevo comentario de *El Ingenioso hidalgo* que ahora me piden, y que yo quisiera llevar á cabo en un todo diferente de

cuantos hasta aquí se han escrito, me sorprendió el sueño.

Nunca, á pesar de los muchos años que hace me ocupa el estudio de las obras del gran ingenio, me había sucedido otro tanto.—Hablé con *Cervantes*.

Y bien puedes creer, carísimo Gonzalo, que lo que voy á referirte es pura y simplemente un sueño ó ensueño sin haber inventado cosa alguna; más todavía, sin haber añadido una sola frase á lo que soñé.

.....

Encontrábame con mi familia, y rodeado de algunos amigos, en un caserón informe, de extraña catadura, mezcla de palacio y convento reducido á casa de vecindad, resto de grandeza pasada y miseria presente, con vistas á un jardín inmenso y próximo al mar... era, en fin, una de esas creaciones que el pensamiento forja por su propia fuerza cuando no se la distraen los sentidos. Me encontraba en un corredor del piso principal, apoyado en la tosca balaustrada de madera que habría sustituido á la lujosa de piedra, y contemplaba, aunque con poca atención, un grupo que allá abajo, en el corredor frontero, habían formado cuatro ó seis personas al rededor de un anciano de pobre aspecto, que se encontraba sentado en una silla y respaldado sobre la pared, conversación del cual hacía reír á cuantos le rodeaban de una manera particular.

De repente uno de los del corrillo se separó con rapidez, subió á grandes trancos la escalera, y vi-

niendo al lado mío, me dijo sin poder contener la risa:

—Aquel viejo, y lo señalaba con el dedo, dice que es *Miguel de Cervantes* y que desea hablar con usted, amigo mío.

Estas palabras me hicieron volver á fijar la vista en el anciano, y al verlo, también á mí me retozó la risa en el pecho.—*¡Miguel de Cervantes* con levita y sombrero de copa!—En efecto, el viejo, que era de estatura mediana, enjuto de carnes, la color macilenta, el cabello cano y poco, estaba vestido con un gabán verdoso descolorido, abrochado hasta el último botón á pesar del calor insufrible que se dejaba sentir, para disimular la ausencia de la camisa, según luego pude observar. Tenía rodeado al cuello un pañolillo negro de seda añudado en forma de corbata á raíz de la carne, y cubría su cabeza con un mal sombrero de copa tan mugriento como el gabán. No llevaba bigote ni barba alguna, aunque todas las tenía crecidas, como de no haberlas rasurado en algunos días; mas con todo eso, su rostro de viejo setentón conservaba singular semejanza con el del joven y rubio barquero del cuadro de Francisco Pacheco.

Menos tiempo que tú en leerlo empleé yo en el examen, y en seguida me encaminé hacia él sin pensar en el año en que vivimos, ni pasarme por las mientes que pudiera la aventura ser una broma de amigos... Bien es verdad que estaba durmiendo.

.....

No puedo recordar de qué manera comenzó la entrevista. En el curso del diálogo hube de preguntarle por su herida de Lepanto, por su manquedad. Entonces se desabrochó el gabán, y en su pecho desnudo mostró una enorme y antigua cicatriz; luego alzó la mano izquierda y enseñándola á todos surcada de rojos costurones:

—Usted ha tenido razón, amigo mío, dijo, y ha sido buen adivino en sus conjeturas. Mi mano recibió un arcabuzazo en el exterior, y después de operación dolorosa, quedó señalada como la véis, quedó torpe, pero se conserva: ya lo dije con bastante claridad en el prólogo de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, y en el *Viaje del Parnaso*, porque estaba amostazado y un poco más allá de oirme decir el *manco*.

—Pues por desgracia, Sr. Miguel, le dije, con ese mote siguen designando vuestra persona los más doctos y sutiles, tanto en discursos como en poesías; bien que se dulcifica y ennoblece la expresión, puesto que siempre os nombran *el manco de Lepanto*.

—Del mal el menos; no hay sino tomar lo que nos dan, como diría Sancho.

—Y vamos á cuentas, señor *Cervantes*, le interrumpí: holgárame de saber si tuvieron originales las figuras de *Don Quijote* y de *Sancho Panza*, quiero decir, si tomasteis por modelo algún sujeto contemporáneo amigo ú enemigo, ó si fueron ambos puramente hijos engendrados por vuestro ingenio, pari-

dos por vuestra pluma... Es tanto lo que sobre ello se ha desbarrado.

—¿De veras? Pues holgárame á mi vez en conocerlo... que por esta y otras causas tenía deseos de hablar con vuestra merced, replicó *Cervantes*.

—Tanto es, que ocupación tendríamos para una semana y aun más, si todo hubiera de salir á plaza. Y en verdad, yo me excusara trabajo, si antes quisierais responder categóricamente á una pregunta.

—Hacedla luego.

—¿Es cierto que por evitar torcidas interpretaciones ó por dar la clave para entender nuestro libro, ó por llamar hacia él la atención del vulgo escribis-teis el *Buscapie*.

—No comprendo lo que quiere vuestra merced hablar. Nunca tal cosa me vino en mientes...

—Eso me basta, y con la mayor brevedad que pudiese satisfaceré vuestra curiosidad.—Han dicho que en *Don Quijote* habíais querido personificar al Emperador Carlos V y entre otras alambicadas razones y conjeturas, sacaban argumentos para afirmarlo de la *aventura de los leones*, algo parecida á lo que de la niñez del César refiere el conde de la Roca en su *Epítome*.

—¡Jesús me valga!, dijo *Cervantes* santiguándose...

—Quieren otros que la sátira vaya dirigida contra el Duque de Lerma, siendo él *Don Quijote*, y *Sancho* fray Luis de Aliaga. Opinan los de acá que Sancho no es ni más ni menos que D. Pedro Franqueza, se-

cretario del de Lema; los de allá sostienen que se trata de Lope de Vega...

—¡Ave María! ¿Que todo eso dijeron?

—Y aún lo dicen. Este cree á pie juntillas que en el hidalgo manchego pusisteis el perfil de cierto señor *Quijada* de Esquivias, linajuelo y vano pariente de vuestra esposa doña Catalina; el otro afirma que el original del buen Alfonso fué D. Rodrigo Pacheco, aquel señor argamasillesco cuyo retrato luce todavía en el altar mayor de la iglesia de su lugar, siendo su sobrina doña Melchora, que también está retratada allí, y con la que suponen anduvisteis en trapicheos amorosos, la que bajo figura de *Dulcinea* significáis en la novela...

—¡Pobre *Dulcinea*!... Pero yo bien claramente dije su nombre y el de sus padres...

—No os dan crédito alguno, y en busca del ser real y efectivo de que la ideal señora sea copia supuesta, se han recorrido todos los tonos de la escudriñadora curiosidad. Desde la suposición de que la dama del fingido hidalgo podía ser la marquesa del Valle ó duquesa de Gandía, hasta traer á cuento á la hermana del doctor Zarco de Morales, no se ha perdonado medio. Ultimamente, y cuando parecía apurada la escala, sale un comentador espiritual por el registro de que *Dulcinea* era emblema de sabiduría, émula y compañera de *Dinaluce* y de *Beatriz*, por lo cual era llamada *Aldonza* (tocaya del rey sabio); y otro comentador material dice que *Dulcinea* es como *dulce dulcium*, gran vasija para vino generoso, y que

por eso la hicisteis del Toboso, porque de allí se sacan las famosas tinajas... Pero me parece que os habéis quedado suspenso, *Sr. Cervantes*, y que no me prestáis atención...

—Nada menos que eso. Os escucho y me pasmo, y se me viene á las mientes un cuentecillo que allá en mi niñez oí contar en Alcalá. Decían que de un pueblecillo pequeño, fué á mi antigua *Compluto* cierto patán, torpe y zafio, á vender un famoso gallo. Varios estudiantes que le vieron llegar, tomaron por tema divertirse con su ignorancia y le preguntaron: Nostramo, ¿va de venta esa liebre? Estos están tomados del vino, pensó el patán, y siguió adelante sin responder. Pero al volver la esquina tropezó con otros dos cuervos (que así llamaban á los del manteo) que al pasar junto á él y sin dirigirle la palabra dijéronse el uno al otro:—¡Hermosa liebre!—Y continuaron su camino. Nuestro patán los vió ir con cierto recelo, levantó el gallo hasta la altura de su rostro, y mirándolo muy despacio, dijo para su capote: A mí me parece gallo y del gallinero lo tomé.—Al llegar á la Plaza Mayor vióse rodeado de estudiantes que todos exclamaban:—¡Valiente liebre! ¿Me vende usted la liebre? ¡Qué guiso de pebre vamos á darle á la liebre!—El patán se restregó los ojos, volvió á mirar su pieza y la alargó á un estudiante, diciéndole:—Un duro quiero por esta liebre—y entre dientes decía: ¿si llamarán liebres á los gallos en esta Universidad? ¿Si será liebre y á mí me parecía gallo?

—Estamos de acuerdo, *Sr. Cervantes*. Gallo y

muy gallo es el *Quijote*, y no se convertirá en liebre por más que hagan sotiles y almidonados.

—Pues á más de lo dicho, señor mío, deseaba hablar con vuestra merced, porque tomando pretexto, causa ú ocasión de ciertas malhadadas frases mías, en que dije que muchas de mis obras andaban descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, han dado en la flor esos que hoy se llaman cervantistas, de aplicarme cuantas obras les parece á tuerto ó á derecho que tienen algo del estilo ó gusto de las otras hijas de mi pluma.

—Cierto, *Sr. Cervantes*, que en ese punto se toca al abuso, y se toman licencias inconcebibles...

—No hay que decir, se toman, señor mío, que también vuestra merced se las ha tomado no pequeñas, por más que haga siempre muchas salvedades y dengues al darme hijos... que no conozco ni jamás conocí... Y vamos á nuestro asunto sin sacar á relucir nombres propios que nos oirán los sordos, y peor es meneallo.

—¿Y puede saberse cuál es nuestro asunto, *Sr. Cervantes*?

—Cosa muy leve. Cada día en periódicos y en obras dicen á voz en grito que soy una gloria de España, el primer novelista del mundo, el mejor filósofo, el escritor más regocijado... y yo no sé cuantas cosas más, y sin embargo, ni aun camisa me viste, ni tengo con qué comprar mi sustento, y ando pidiendo á la caridad pública el pan que me niega el Gobierno español...

—¿Posible es que tal suceda?—exclamaron casi en coro los circunstantes. Y yo los acallé con un gesto y me apresuré á contestar al escritor ilustre.

—Pierda cuidado, *Sr. Cervantes*, que ya podéis contar han cesado esas penalidades. En España renacen á un tiempo el amor patrio y el amor á las letras, y bajo la monarquía del Sr. D. Alfonso XII no hay miedo de que un *Cervantes* padezca necesidad. Bien es verdad que las cosas no van todo lo bien que podríamos esperar, pero día vendrá... y tan y mientras de algo han de valer mis buenos oficios. Ello es cierto que á muchos mejores pudierais haber acudido, pero cada cual hace lo que puede...

Levantóse *Cervantes* de su asiento con intento de buscar descanso, y todos nos dispusimos á acompañarle. Moraba allá en lo alto, en el segundo cuerpo, en un camaranchón desamueblado, y para llegar á él había que recorrer extensas galerías convertidas en graneros cuyo pavimento de madera producía un ruido extraño al paso de nuestro extraño cortejo, fantásticamente alumbrado por la mala luz de tres ó cuatro cabos de velas. En el tránsito unos preguntaban á *Cervantes* por sus querellas con Juan Blanco de Paz y otros por el día en que vino al mundo; éstos le interrogaban por el autor del falso *Quijote*, aquéllos por el suceso de D. Gaspar de Espeleta... *Cervantes* á todos sonreía y contestaba prometiendo satisfacerlos al siguiente día...

Al retirarme á mi habitación me asaltó al pen-

samiento lo inverosímil de aquel suceso, la imposibilidad de que *Cervantes* viviera y habitara en nuestro tiempo, y me proponía aclarar la causa de aquel engaño, cuando sin saber por qué desperté.

Reía de mi extraña imaginación, cuando comenzando á pensar en ella encontré no ser del todo descabellada. Era quizá hijo natural aquel ensueño de las ideas que en mí había despertado la lectura del periódico del Sr. Casenave.

Si *Cervantes* pedía limosna, no era para alimentarse ni para comprar camisa; era que se trataba de construir un monumento á su memoria con los donativos de los apasionados á sus inmortales escritos.

Si á mi memoria habían acudido revueltos y en confusión los nombres de Aliaga y Blanco de Paz, Lerma, Franqueza, Dulcinea y Avellaneda, es porque al leer el periódico que se titula *CERVANTES*, me ocurrió decir á su ilustrado director que sus columnas eran el lugar más á propósito para dilucidar todas las cuestiones de la biografía y de la bibliografía cervantina, y que abriendo tan interesantes discusiones se daría grande importancia á la lectura del periódico, acudirían al debate los más ilustres cervantistas, y aumentando en número los lectores, serían más crecidos los productos que podrían destinarse al *Monumento de Cervantes en su patria*.

Y con esto, y con la promesa de que los cervantistas sevillanos contribuirán dignamente á la realización del proyecto, creo quedan bien explicados tanto el ensueño como el pensamiento que me movió á tomar la pluma.

